





HISTORIA NO OFICIAL DE

**ESTADOS  
UNIDOS**





**OLIVER STONE  
PETER KUZNICK**

**HISTORIA NO OFICIAL DE  
ESTADOS  
UNIDOS**

*Traducción del inglés de  
Amado Diéguez Rodríguez*

 **Editorial El Ateneo**

la esfera  de los libros

Stone, Oliver

Historia no oficial de Estados Unidos / Oliver Stone y Peter Kuznick. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo; La Esfera de los Libros, 2015.

1056 p. ; 24x16 cm.

Traducido por: Amado Diéguez Rodríguez

ISBN 978-950-02-0854-3

1. Historia de Estados Unidos. I. Kuznick, Peter II. Diéguez Rodríguez, Amado, trad. III. Título CDD 973

*Historia no oficial de Estados Unidos*

Título original: *The Untold History of the United States*, publicado con licencia de Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© Secret History, LLC, 2012

© De la traducción: Amado Diéguez Rodríguez, 2015

© La Esfera de los Libros, S. L., 2015

Derechos exclusivos de edición en castellano para la Argentina, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Perú y Bolivia

Obra editada en colaboración con La Esfera de los Libros - España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2015

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición en España: marzo de 2015

1ª edición en la Argentina: noviembre de 2015

ISBN 978-950-02-0854-3

Impreso en Printing Books,  
Mario Bravo 835, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires  
en noviembre de 2015.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

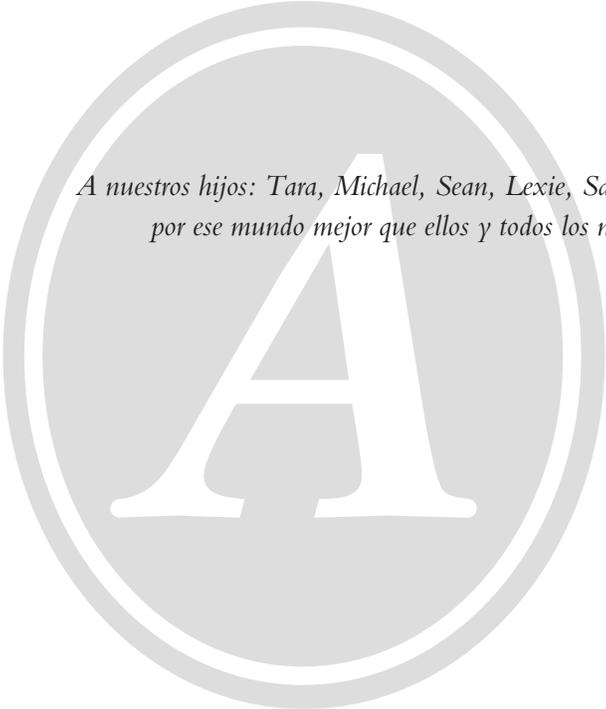
Libro de edición argentina.

## ÍNDICE

Prólogo .....	11
<i>Introducción</i> . Las raíces del imperio. «La guerra es un apañó» .....	13
CAPÍTULO 1. La Primera Guerra Mundial. Wilson contra Lenin .....	43
CAPÍTULO 2. El New Deal. «Bienvenido sea su odio» .....	103
CAPÍTULO 3. La Segunda Guerra Mundial. ¿Quién derrotó en realidad a Alemania? .....	159
CAPÍTULO 4. La bomba. La tragedia de un hombre bajito .....	217
CAPÍTULO 5. La Guerra Fría. ¿Quién la empezó? .....	287
CAPÍTULO 6. Eisenhower. Al final, la foto no salió tan bonita .....	351
CAPÍTULO 7. JFK. «El momento más peligroso de la historia de la humanidad» .....	415
CAPÍTULO 8. LBJ. El imperio descarrila .....	485
CAPÍTULO 9. Nixon y Kissinger. El <i>loco</i> y el <i>psicópata</i> .....	525
CAPÍTULO 10. Fin de la distensión. Un sombrío mediodía .....	575
CAPÍTULO 11. Los años de Reagan. Escuadrones de la muerte para la democracia .....	615
CAPÍTULO 12. El final de la Guerra Fría. Oportunidades perdidas .....	671
CAPÍTULO 13. La debacle de la pareja Bush-Cheney. «En Irak se han abierto las puertas del infierno» .....	721
CAPÍTULO 14. Obama. La gestión de un imperio herido .....	791

<i>Agradecimientos</i> .....	887
<i>Notas</i> .....	891
<i>Créditos fotográficos</i> .....	997
<i>Índice onomástico y temático</i> .....	999





*A nuestros hijos: Tara, Michael, Sean, Lexie, Sara y Asmara;  
por ese mundo mejor que ellos y todos los niños merecen.*



## PRÓLOGO

Este libro y la serie documental en que se basa cuestionan la historia oficial de Estados Unidos, la que nos enseñan en los colegios a la mayoría de los norteamericanos. Esa historia, conocida por todos y hasta cierto punto mítica y legendaria, nos llega cuidadosamente filtrada a través de un prisma de altruismo, benevolencia, magnanimidad, excepcionalidad y devoción por la libertad y la justicia. Nos la transmiten desde la primera infancia, luego la educación primaria y secundaria la refuerzan y, más tarde, nos la cuentan de nuevo tantas y tantas veces que ya impregna hasta el aire que respiramos. Es reconfortante y consuela. Pero solo es una pequeña parte de la verdad. Puede convencer a quienes no investigan en mayor profundidad, pero, como ese aire que respiramos, es dañina y perjudicial y está contaminada. No solo evita que comprendamos por qué el resto del mundo nos mira como nos mira, sino que también impide que cambiemos ese mundo para hacerlo mejor. Porque, como cualquier persona de cualquier rincón del planeta, todo norteamericano es esclavo de su concepción del pasado y rara vez se da cuenta de hasta qué punto su forma de entender la historia determina su comportamiento en el presente. La comprensión de la historia define la idea de lo concebible, de lo realizable. Ese es el motivo de que muchos estadounidenses hayan dejado de imaginar un mundo radicalmente distinto y mejor del que conocemos.

Y esa es la semilla de este libro. Aunque esté inspirado y basado en la serie de televisión *The Untold History of the United States*, es independiente de ella en muchos aspectos. Ojalá quienes hayan visto la serie lo lean y puedan hacerse una idea mejor de la historia que queremos contar. Y ojalá los lectores del libro vean la serie y disfruten de su vigor visual y dramático. Los autores ofrecemos libro y serie a los motores del

progreso y del cambio en el mundo con la esperanza de que la información que ambos contienen les sea útil en su lucha por un planeta más justo, humano, democrático y equitativo.



## INTRODUCCIÓN

# LAS RAÍCES DEL IMPERIO

*«La guerra es un apaño»*

Esta obra se publica en un momento en que, poco a poco, el imperio norteamericano empieza a bajar el telón. El 1941 el magnate de la prensa Henry Luce declaró que el siglo XX sería «el siglo norteamericano». Qué poco podía imaginar cuán certero era su pronóstico. Más, si cabe, porque Alemania y Japón todavía no habían sido derrotados, aún no se había inventado la bomba atómica, tampoco había llegado el boom industrial de posguerra ni la creación y consolidación del complejo militar-industrial norteamericano o el desarrollo de Internet, la transformación como por ensalmo de Estados Unidos en un estado sometido a los dictados de la seguridad nacional y la victoria en la Guerra Fría.

Son muchos, sin embargo, los que han rebatido el vaticinio de Henry Luce. El vicepresidente Henry Wallace, por ejemplo, instaba a todos a dar la bienvenida al «siglo del hombre corriente». Wallace, a quien los más pragmáticos tachaban de «soñador y visionario», deseaba un mundo de abundancia basado en la ciencia y la tecnología, un mundo sin colonialismo ni explotación, un planeta pacífico donde reinase una prosperidad compartida. Por desgracia, la posguerra fue más fiel al presagio de Luce que al de Wallace. En 1997 una nueva generación de defensores de la supremacía global —entre quienes se encontraba el «grupo de expertos» neoconservador que asesoró al lamentable George W. Bush— clamaba por un «nuevo siglo norteamericano», una idea que fue ganando adeptos en los primeros años del siglo XXI, es decir, antes de que llegaran a saberse las verdaderas y desastrosas consecuencias de las últimas guerras emprendidas por Washington.

El periodo de hegemonía global de Estados Unidos —la nación más poderosa que el mundo haya conocido— ha estado marcado por maravillosos logros y terribles decepciones. En las siguientes páginas hablaremos

de las segundas, es decir, del lado oscuro de la historia de Norteamérica. No es nuestra intención contar esa historia en todos sus detalles. Sería imposible. Simplemente, preferimos no detenernos en las muchas cosas que Estados Unidos ha hecho bien. Existen bibliotecas enteras dedicadas a ellas y los programas de estudio de los colegios ya las ensalzan lo suficiente. A nosotros, los autores de este libro, nos preocupa mucho más lo que Estados Unidos ha hecho mal, las diversas formas en que, desde nuestro punto de vista, el país ha traicionado su misión. Además, creemos que aún hay tiempo para enmendar los errores. Nos inquieta enormemente el rumbo de la política estadounidense en un momento en que el país acaba de librar tres guerras diferentes contra tres países islámicos distintos y en al menos otros seis lleva a cabo ataques con *drones* (aviones no tripulados) —o, para ser más exactos, asesinatos con *drones*—. ¿Por qué nuestro país tiene bases militares —más de mil, según algunas fuentes— en todas las regiones del planeta? ¿Por qué gasta en sus fuerzas armadas tanto dinero como el resto del mundo junto? ¿Por qué todavía dispone de miles de armas nucleares —muchas de ellas listas para ser utilizadas en cualquier momento— aunque ninguna nación suponga una amenaza inminente? ¿Por qué la brecha entre ricos y pobres es mayor en Estados Unidos que en cualquier otra nación desarrollada? ¿Por qué Estados Unidos es el único país avanzado sin asistencia sanitaria universal?

¿Por qué tan pocas personas —quizá trescientas o quinientas o dos mil, tanto da— acaparan tanta riqueza como los tres mil millones de ciudadanos más pobres del mundo? ¿Por qué se permite que una minoría de norteamericanos ricos ejerza un control tan férreo de la política interior y exterior y de los medios de comunicación mientras el ciudadano ve cómo su poder real de decisión y su nivel de vida disminuyen cada vez más? ¿Por qué los estadounidenses están tan vigilados? Tanta intromisión de los aparatos del Estado en la vida privada, el abuso de las libertades civiles, una pérdida de privacidad que habría espantado a los Padres Fundadores de la patria y a muchas generaciones posteriores a ellos, ¿a qué obedecen? ¿Por qué Estados Unidos tiene un porcentaje menor de trabajadores sindicados que las demás democracias industrializadas del mundo? ¿Por qué en nuestro país las personas dominadas por la codicia y sus estrechos intereses personales acumulan más poder que quienes ensalzan valores

sociales como la bondad, la generosidad, la compasión, la fraternidad, la empatía y la defensa de los intereses comunes? Y ¿por qué ha llegado a ser tan difícil que la gran mayoría de los norteamericanos imagine un futuro distinto, y posiblemente mejor, que el que anticipan nuestra política y valores sociales actuales? Estas son solo algunas de las preguntas que abordaremos en las siguientes páginas. No podemos responder a todas, naturalmente, pero sí aspiramos a ofrecer al lector un fresco de circunstancias históricas que le permitan indagar por su cuenta en mayor profundidad.

A lo largo del libro mencionaremos a ciertos colectivos e individuos que se han esforzado, a veces heroicamente, por devolver al país al buen camino. Los autores nos tomamos muy a pecho la declaración del presidente John Quincy Adams, que el 4 de julio de 1821 condenó el colonialismo británico y afirmó que Estados Unidos no salía «al extranjero en busca de monstruos que destruir» para no «verse envuelto, y ya no poder volver atrás, en esas guerras en que el interés y las intrigas, la codicia personal, la envidia y la ambición asumen los colores de la libertad y la usurpan. Imperceptiblemente, la máxima fundamental de nuestra política dejaría de ser la *libertad* y empezaría a ser la *fuerza*». Estados Unidos, advertía John Quincy Adams, podría «convertirse entonces en dictador del mundo, pero dejaría de ser dueño de su alma».<sup>1</sup>

Adams fue profético. Previó lo que le ocurriría a Estados Unidos si sacrificaba su espíritu republicano en el altar del imperio. En estos tiempos, además, los norteamericanos niegan su pasado imperial y que este todavía dicta las decisiones políticas. Pero eso solo sirve para agravar el mal. El historiador Alfred McCoy ha dicho: «Para los imperios, el pasado no es más que otro territorio de ultramar que aguarda reconstrucción o, quizá, reinención».<sup>2</sup> Los estadounidenses se niegan a vivir en la historia por mucho que, como ha comprendido J. M. Coetzee, los imperios estén obligados a hacerlo. En *Esperando a los bárbaros* escribe: «El imperio se condena a vivir en la historia y a rebelarse contra ella. Oculto, un solo pensamiento le inquieta: cómo no acabar, cómo no morir, cómo prolongar mi época. De día se lanza en persecución de sus enemigos. Es astuto e implacable y tiene sabuesos repartidos por todos los rincones. De noche le acosan pesadillas infernales: saqueos, violaciones masivas, pirámides de huesos, hectáreas de desolación. Tiene un sueño turbado y violento».<sup>3</sup>

Los norteamericanos creen que el pasado no les afecta. El historiador Christopher Lasch opina que esta actitud no es más que un reflejo de su «narcisismo». Y es también, para muchos, una forma de no querer ver en qué se convirtió su país en el siglo pasado. Mientras duraba la dominación, al estadounidense le fue más fácil consolarse con fábulas benévolas. Entretanto, sin embargo, el conocimiento de la verdadera historia disminuía paulatinamente y sin remedio. El prolongado aislamiento de los norteamericanos del resto de un mundo integrado y multilingüe solo sirve para agudizar el problema. No solo la escisión alimenta la ignorancia, también el miedo, que, como se ha demostrado, no desaparece y agranda las amenazas. Vivimos sometidos al pánico recurrente a intrusos extranjeros, a radicales de dentro y de fuera y, más recientemente, a peligrosos terroristas islámicos.

Que los estadounidenses ignoran su historia volvió a ponerse de manifiesto en junio de 2011 gracias a un estudio llevado a cabo en todo el país, la Nation's Report Card [«Boletín de Notas de la Nación»]. Según *The New York Times*, ese estudio revelaba que los estudiantes de cuarto, octavo y duodécimo cursos\* «sabían menos de Historia de Estados Unidos que de las demás asignaturas». Según la National Assessment of Educational Progress [Valoración Nacional del Progreso Educativo, nombre oficial de la Nation's Report Card], solo el 12 por ciento de los alumnos de instituto de último curso demostraron algunos conocimientos. Pero hay que dudar también de la «aptitud» de ese 12 por ciento, porque, sorprendentemente, solo el 2 por ciento de ellos sabía qué problema social se proponía corregir el fallo del caso Brown contra la Junta de Educación,\*\* a pesar de que la respuesta estaba implícita en la pregunta.<sup>4</sup>

---

\* En Estados Unidos, los cursos siguen números correlativos a lo largo de todo el periodo escolar. Los estudiantes de cuarto, octavo y duodécimo tienen, por tanto, nueve, trece y diecisiete años de edad. (*N. del T.*).

\*\* Caso Brown contra la Junta de Educación, Topeka, Kansas (1954). Dio lugar a un fallo histórico. El Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró que las leyes del estado de Kansas que determinaban una educación segregada para estudiantes de raza negra y raza blanca negaban la igualdad de oportunidades sancionada por la Constitución. (*N. del T.*).

Solo mitos y leyendas han cubierto esta laguna endémica. Como la interesada idea de que, como dijo John Winthrop a bordo del *Arbella* en 1630, América es, por decreto divino, una «ciudad en las alturas», el faro que orienta al mundo. Según esta idea, Estados Unidos es mensurablemente superior al resto del corrupto y venal planeta. Y es verdad que en ciertos momentos lo ha sido y que ha habido épocas en que sus valores y logros han dado pie a grandes avances sociales. Pero también es cierto que otras veces, quizá más, ha puesto trabas al progreso humano precisamente por empeñarse en sus objetivos políticos. Porque, aunque antaño existiera la idea de que Estados Unidos era en esencia distinta de las demás naciones porque esas naciones actuaban llevadas únicamente por el interés y el ansia de poder, y en propio beneficio, mientras Estados Unidos solo lo hacía llevado por su compromiso con la libertad y se sacrificaba con altruismo en aras de la humanidad, y esa idea quedase para muchos enterrada en las ruinas de Hiroshima y Nagasaki y en las junglas de Vietnam, en los últimos años esta mentalidad ha renacido de sus cenizas y constituye una de las bases del nuevo revisionismo histórico de derechas.

Quizá nada refleje mejor el mito de la excepcionalidad de Estados Unidos que el comentario del presidente Woodrow Wilson tras la Conferencia de Versalles: «¡Por fin reconoce el mundo en Estados Unidos a su salvador!».<sup>5</sup> Y es cierto que, aunque casi siempre con un poquito más de humildad, muchos políticos norteamericanos han expresado esa misma idea en repetidas ocasiones a lo largo de la historia.

Los xenófobos del Tea Party, en cambio, carecen de humildad y defienden ciegamente la excepcionalidad de Estados Unidos como el *sine qua non* del patriotismo. Por eso las respetuosas declaraciones de Barack Obama les afirman en sus sospechas de que, aunque el presidente haya nacido en suelo patrio —como la mayoría de ellos ya empieza a admitir de mala gana—, en realidad no es un auténtico estadounidense. En el año 2009, Obama hizo un comentario por el que muchos seguidores del Tea Party aún se la tienen jurada: «Yo creo en la excepcionalidad de Estados Unidos, pero sospecho que los británicos también creen en la excepcionalidad del Reino Unido y los griegos en la de Grecia».<sup>6</sup>

Que Obama se niegue a pregonar que la nación norteamericana es el gran regalo de la historia a la humanidad es anatema para los dirigentes

del Partido Republicano, que, conscientes de que el 58 por ciento de los estadounidenses creen que «Dios ha dado a América un lugar especial en la historia», aprovechan la poco entusiasta actitud del presidente para condenarle. Mike Huckabee, exgobernador de Arkansas, le acusa de tener «una cosmovisión radicalmente distinta a la de cualquier otro presidente, republicano o demócrata [...]. Es más un defensor de un mundo global que un norteamericano. Negar la excepcionalidad de Estados Unidos es, básicamente, negar el alma y el corazón de este país».<sup>7</sup>

La importancia de desarrollar una perspectiva incorrupta de la historia de Estados Unidos y llevar a cabo una crítica honrada de su política imperialista ha sido artículo de fe entre los historiadores y activistas norteamericanos desde el nacimiento de la Nueva Izquierda en los años sesenta. Los conservadores, por otro lado, venían negando sistemáticamente que Estados Unidos tuviera aspiraciones imperiales. Hace poco, sin embargo, los neoconservadores han puesto fin a este dogma y proclaman con orgullo no solo que Estados Unidos es un imperio, sino que es el imperio más justo y poderoso que haya existido. A la mayoría de los estadounidenses esto les sigue pareciendo una blasfemia. Los *neocons* se lo toman como indicio de su fuerza: Estados Unidos desempeña el papel hegemónico que Dios le ha otorgado. En la euforia posterior a la invasión de Afganistán el 7 de octubre de 2001, antes de que quienes prematuramente festejaban las últimas aventuras imperiales de la nación cayeran en la cuenta de la locura que las había animado, los cerebros grises de las trincheras conservadoras se subieron al carro del triunfo. William Kristol, de *The Weekly Standard*, tituló audazmente la portada de la edición del 15 de octubre de aquel año: «Argumentos en favor del imperio americano». Rich Lowry, director de *National Review*, hablaba de «una especie de colonialismo de baja intensidad» que se proponía derrocar a los peligrosos gobiernos de Afganistán.<sup>8</sup> Pocos meses más tarde, el columnista Charles Krauthammer apuntaba: «Los ciudadanos empiezan a salir del armario en lo que se refiere al término “imperio”»; ya era hora, apuntaba, en vista de la completa dominación «cultural, económica, tecnológica y militar» de Estados Unidos.<sup>9</sup> En la portada de su dominical del 5 de enero de 2003, *The New York Times* titulaba: «Imperio americano: empieza a acostumbrarte».

Aunque para muchos neoconservadores el imperio sea un concepto reciente, el impulso de Estados Unidos por expansionarse, colonizar, crecer y conquistar ya estaba presente en las primeras colonias —desde el mismo momento de su fundación— y luego cobró forma en la Doctrina Monroe con la idea de «destino manifiesto». En palabras de Paul Kennedy, historiador de la Universidad de Yale: «Desde que los primeros colonos ingleses pusieron pie en Virginia y empezaron a desplazarse hacia el oeste, esta ha sido una nación imperial, una nación de conquistadores». <sup>10</sup> Esa sed a veces genocida de adquirir la tierra y los recursos de los demás siempre se ha visto revestida por los más elevados ideales —el compromiso altruista con la libertad, el progreso y la civilización—, y así sigue siendo. Uno de los primeros y más sagaces estudiosos del imperio americano, William Appleman Williams, lo dijo así: «El hambre rutinaria de tierras, mercados o seguridad llegó a justificar la noble retórica de la prosperidad, la libertad y la defensa». <sup>11</sup> Según este principio, los políticos norteamericanos han negado invariablemente, aunque no siempre de forma convincente, la doctrina racista que justifica dicho impulso expansionista.

Y también han negado la existencia de los medios que lo han hecho realidad. Claro que siempre hubo alguien para recordárselo, aunque fuera de la procedencia más inesperada. Samuel Huntington, autor del simplista, inexacto y falaz concepto «choque de civilizaciones», ha señalado, esta vez con acierto: «Occidente no ha conquistado el mundo por la superioridad de sus ideas, valores o religión (a esa religión se han convertido muy pocos fieles de otros credos), sino porque practica como nadie la violencia organizada. Los ciudadanos de Occidente olvidan este hecho con demasiada facilidad. Los demás, no». <sup>12</sup>

Max Boot, director de *The Wall Street Journal* y miembro del Council on Foreign Relations [Consejo de Relaciones Exteriores], ha comprendido mejor que la mayoría que los designios imperiales de Estados Unidos vienen de lejos. Reprendió con sarcasmo a Donald Rumsfeld por su áspera respuesta a la pregunta de un reportero de Al Jazeera sobre si Estados Unidos estaba edificando un imperio: «Ha reaccionado como si le hubieran acusado de llevar ropa interior de mujer». «Nosotros no queremos ningún imperio —soltó Rumsfeld—. Nosotros no somos imperialistas. Nunca lo hemos sido». Boot, por el contrario, no está de acuerdo.

En el mismo artículo citaba la primera expansión continental, que comenzó con la compra de Luisiana, siguió, también en el mismo siglo XIX, con la adquisición de Puerto Rico, las Filipinas, Hawái y Alaska, continuó en el siglo XX y tras la Segunda Guerra Mundial con los «ataques de imperialismo» en Alemania y Japón y ha concluido con «recientes experimentos de “reconstrucción nacional” en Somalia, Haití, Bosnia, Kosovo y Afganistán, lo cual también es imperialismo, aunque lo llamemos de otra manera». A diferencia de los críticos de izquierdas, sin embargo, Boot aplaude la política expansionista. «El imperialismo norteamericano —sostiene— fue la mayor fuerza de bien del siglo pasado».<sup>13</sup>

Niall Ferguson, historiador de Harvard que ya había argumentado en favor del imperio británico, entendía que el complejo de superioridad de los estadounidenses es, por decirlo suavemente, interesado. Y observó, con ironía: «A quienes todavía insisten en la “excepcionalidad” de Estados Unidos, un cronista de la historia de los imperios solo puede contestarles: es tan excepcional como los demás sesenta y nueve imperios».<sup>14</sup>

Es verdad que quienes postulan la superioridad moral de Estados Unidos son siempre demasiado ampulosos, pero hay que reconocerles que cuando hablan de superioridad militar están en lo cierto. Y pocos aducen mayores argumentos que Paul Kennedy en *Auge y caída de las grandes potencias*, cuando señala que, tras haber sobrepasado sus límites, como todos los demás imperios, el americano ya está en declive. Como a otros muchos historiadores, sin embargo, a Paul Kennedy le sorprendió, y probablemente le confundió, la facilidad con que Estados Unidos borró del mapa a Afganistán tras los atentados del 11 de septiembre de 2001: «En lo que se refiere a poder, nunca habíamos visto diferencias tan abismales. Nunca», escribió, desdiciéndose de su opinión anterior. «He revisado todas las comparativas de gastos de defensa y personal militar de los últimos quinientos años [...] y ninguna nación se nos acerca. Gran Bretaña impuso la Pax Britannica a precio de saldo: su ejército era mucho más pequeño que los del resto de Europa y existían otras dos marinas equiparables a la Royal Navy. Hoy todas las marinas del mundo combinadas no podrían ni discutir la supremacía naval de Estados Unidos». A Paul Kennedy le asombra el inmenso poder de los doce grupos de combate formados en torno a los portaaviones. Ningún imperio ha tenido tanta

autoridad militar como el americano: «El imperio de Carlomagno se circunscribía a Europa Occidental. El imperio romano fue más extenso, pero convivió con otros dos: el persa y el chino, que era mayor todavía. No se le pueden comparar».<sup>15</sup>

Pero también estas afirmaciones merecen un análisis más profundo. Ciertamente, Estados Unidos posee mayor potencia de fuego, soldados mejor entrenados y capacitados y armas tecnológicamente más desarrolladas que cualquier otra nación de la historia. Pero eso no siempre se ha traducido en victorias en el campo de batalla cuando el enemigo recurre a tácticas poco ortodoxas y quiere vencer a toda costa.

La confusión sobre su estatus se debe a que, aunque tiene el mismo poder y ejerce las mismas funciones, Estados Unidos no se reviste del tradicional ropaje de los imperios. No ha seguido, claramente, la senda de los imperios europeos del siglo XIX. Como ellos, sin embargo, se ha embarcado en aventuras coloniales, aunque en su mayor parte estas no hayan servido para otra cosa que para afianzar la penetración económica en ultramar. El americano es, por tanto, lo que algunos han llamado un imperio de «puertas abiertas», es decir, más preocupado del control de los mercados y de otras formas de dominación económica que de someter a poblaciones y territorios. No obstante, para contrarrestar las amenazas que ponían en peligro sus intereses económicos y la inversión privada, Estados Unidos, ha recurrido sistemáticamente a la fuerza militar y, a veces, a una ocupación territorial prolongada. En los últimos tiempos viene siendo lo que Chalmers Johnson muy oportunamente ha bautizado como «imperio de bases militares», porque hoy esas bases sustituyen a las colonias de antaño. Según datos del Pentágono, en 2002 Estados Unidos contaba con presencia militar en ciento treinta y dos de los ciento noventa países miembros de las Naciones Unidas.<sup>16</sup> Si a eso se añaden los doce grupos de combate de portaaviones de la flota —que cuestan miles de millones de dólares—, la presencia militar de Estados Unidos es verdaderamente global. Además, nuestro país conserva el arsenal nuclear más potente del mundo, con capacidad, pese a las restricciones de los últimos años, para acabar varias veces con el planeta.

La última frontera fue trazada en el espacio, porque la presencia en la estratosfera, y más allá, forma parte de lo que en Estados Unidos llamamos

«dominación de espectro completo». Quedó establecida en «Vision for 2010», directriz de 1997 del Space Command [Mando Espacial] que luego desarrolló el Pentágono en su «Joint Vision 2020» [Visión Conjunta 2020],<sup>17</sup> y augura una dominación incontestable en tierra y aire.

El imperio norteamericano viene evolucionando desde hace más de un siglo. Tras cumplir lo que el periodista John L. O'Sullivan llamó «destino manifiesto» y desplegarse por toda Norteamérica, Estados Unidos puso la mira en la otra orilla del océano. William Henry Seward, secretario de Estado con Abraham Lincoln y Andrew Johnson, tuvo una visión grandiosa con la anexión de Alaska, Hawái, Canadá, partes del Caribe y de Colombia y la isla de Midway.

Pero mientras Seward soñaba, los europeos se lanzaban a la acción y arramblaban con todo lo que encontraban. Gran Bretaña, a la cabeza de una larga procesión, se hizo con quince millones de kilómetros cuadrados —un área sensiblemente mayor que Estados Unidos— en los últimos treinta años del siglo XIX,<sup>18</sup> Francia con diez millones<sup>19</sup> y Alemania, que empezó la carrera con retraso, con tres millones.<sup>20</sup> En la década de 1890, los europeos se habían repartido el 90 por ciento de África. La mejor tajada se la llevaron Bélgica, Gran Bretaña, Francia y Alemania. Henry Cabot Lodge, senador por Massachussets y el mayor defensor del imperio americano, señaló: «Las grandes naciones acaparan rápidamente para su futura expansión y su presente defensa las tierras de desecho del planeta». Instaba a Estados Unidos a actuar con celeridad para recuperar el tiempo perdido.<sup>21</sup>

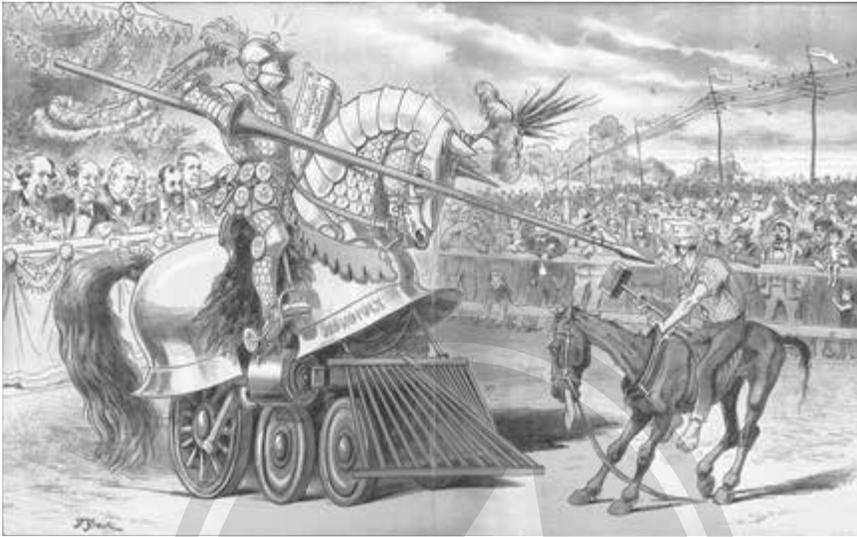
Pero el imperio era anatema para la mayoría de los norteamericanos, que defendían la imagen decimonónica de república de productores frente al orden voraz del capitalismo industrial. El gran abismo entre los opulentos capitalistas y las esforzadas masas amenazaba los cimientos de sus ideales democráticos e igualitarios. La mayoría de granjeros y trabajadores deploraban la idea de que un puñado de banqueros e industriales y un pesebre de sumisos jueces y legisladores gestionaran el país. Walt Whitman les dio voz al tachar los excesos del capitalismo de «especie de dolencia antidemocrática, de monstruosidad».<sup>22</sup>

En el último tercio del siglo estallaron las luchas laborales más sangrientas de la historia de la nación. En 1877, con el apoyo de toda la clase



*Como muestran estas ilustraciones, hacia finales del siglo XIX las naciones europeas ampliaron enormemente sus imperios. En 1878 los europeos y sus antiguas colonias dominaban el 67 por ciento de la superficie de la Tierra; en 1914, y resulta pasmoso, un 84 por ciento.*

trabajadora, una huelga de empleados ferroviarios paralizó la mayor parte de los trenes del país. Los capitalistas, obsesionados con el recuerdo de los revolucionarios fundadores de la Comuna de París de 1871, vieron cómo sus peores pesadillas se hacían realidad cuando en varias ciudades importantes como Chicago y San Luis los trabajadores declaraban huelgas generales que tenían un amplio seguimiento. En Washington el periódico *The National Republican* publicó un editorial titulado «La comuna americana» que decía: «Es obvio y manifiesto que en América las ideas comunistas están muy difundidas entre los trabajadores de minas, fábricas y ferrocarriles». La huelga de ferroviarios era, «cuando menos, comunismo



*Esta viñeta publicada en agosto de 1883 por la revista Puck retrata la desigual batalla entre la mano de obra y los monopolios. A la izquierda aparecen varios magnates poco escrupulosos. De izquierda a derecha: Cyrus Field, financiero y empresario de telégrafos; William Vanderbilt, del sector de ferrocarriles; John Roach, armador; y Jay Gould, empresario de ferrocarriles, como Vanderbilt.*

de la peor calaña». Y no solo era «ilegal y revolucionaria, sino también antiamericana». <sup>23</sup> *The Republican*, el periódico más vendido de San Luis, estaba de acuerdo: «Es un error llamarla huelga: es una revolución». <sup>24</sup> Cuando las milicias locales se mostraron incapaces de sofocar las revueltas, o no quisieron hacerlo, el presidente Rutherford B. Hayes, que debía en parte su elección a los magnates del ferrocarril, mandó al ejército. La batalla campal posterior se saldó con cien trabajadores muertos y una nación amargamente dividida.

La lucha se propagó y en 1885 el sindicato Knights of Labor [Caballeros del Trabajo] consiguió paralizar la red ferroviaria de veinticuatro mil kilómetros de Jay Gould. Gould era un magnate muy particular. En cierta ocasión se jactó de que él solo era capaz de «contratar a la mitad de la clase trabajadora» para que matase «a la otra mitad». También era, posiblemente, el hombre más odiado de la nación. <sup>25</sup> Knights of Labor, con su ideología socialdemócrata y su llamamiento a la unidad de los trabajadores,



*La revuelta de Haymarket del 4 de mayo de 1886. Las autoridades aprovecharon la muerte de algunos agentes de policía para acabar no solo con los anarquistas, que sí participaron en el incidente, sino también con el sindicato Knights of Labor, que no estaba implicado. Muy pronto persiguieron también a todos los radicales de la nación.*

no era una federación del trabajo al uso. Cuando, para sorpresa del país entero, Jay Gould accedió a todas sus peticiones, la publicación económica *Bradstreet* habló de «rendición incondicional».<sup>26</sup> El número de afiliados al sindicato subió espectacularmente y de ciento tres mil el 1 de julio de 1885, pasó a contar con setecientos mil un año después. El gobierno, sin embargo, le asestó una puñalada mortal al sacar provecho de la muerte de siete agentes de policía en la Haymarket Square de Chicago en mayo de 1886, un incidente que sirvió de excusa para acabar no solo con los anarquistas participantes, sino para perseguir a Knights of Labor —que había renunciado a la violencia y no tenía nada que ver con el altercado—. El Pánico Rojo resultante supuso la persecución de todos los radicales del país.

Al recordar aquella época, la reformista Ida Tarbell comentaba: «Los años ochenta goteaban sangre».<sup>27</sup> Pero no era precisamente la década la que goteaba sangre, sino los trabajadores, que llegaron a cuestionar

*Edward Bellamy en 1890. Con la mayoría de la clase media norteamericana relegada por una economía guiada por la codicia, su novela El año 2000, una visión retrospectiva, publicada en 1888, vendió más de un millón de ejemplares en poco tiempo. La obra inspiró asimismo la fundación de los llamados Nationalist Clubs, que se proponían contribuir a la realización de la utopía socialista descrita en el libro.*



la legitimidad de un sistema que otorgaba más poder a los ricos —la nueva élite de empresarios y banqueros— y marginaba a obreros y campesinos. La abrumadora mayoría de la población solo se beneficiaba de avances muy escasos cuando las cosas iban bien y padecía retrocesos devastadores cuando iban mal.

Por su parte, los trabajadores del campo expresaron su descontento en repetidas ocasiones, sobre todo los afiliados a Farmers Alliances [Alianzas de Agricultores], organización fundada en la misma década de 1880, y al People's Party [Partido del Pueblo], constituido a principios de la de 1890. Aún hoy prosigue entre los historiadores el debate de hasta dónde llegaba el radicalismo de la población rural, pero no hay duda de que la mayoría se oponía a que las empresas fueran acumulando cada día mayor riqueza y de que muchos de sus líderes fomentaban la ira de sus seguidores con una retórica de oposición a Wall Street. En 1892 la primera convención del People's Party sirvió para redactar sus estatutos. Se celebró en Omaha, Nebraska, y en dichos estatutos podía leerse: «Se hurta a la luz del día el fruto del esfuerzo de millones de trabajadores para que unos pocos vayan amasando su

colosal fortuna, lo cual no tiene precedentes en la historia de la humanidad; y quienes poseen tal fortuna desprecian a su vez la república y ponen en peligro la libertad. El fértil vientre de la injusticia del Estado alumbra dos grandes clases: pobres y millonarios».<sup>28</sup>

Aunque solo tuviera implantación en algunas regiones del sur, el Medio Oeste y la costa Oeste, el People's Party obtuvo casi un 9 por ciento de los votos en las elecciones a la presidencia de 1892; fue el más votado en cinco estados y consiguió mil quinientos delegados, tres gobernadores, cinco senadores y diez congresistas. En las elecciones a la Cámara de Representantes de 1894 duplicó los votos y logró siete congresistas y seis senadores.

Gran parte de la clase media compartía la repulsión por una economía basada en la idea de que los más codiciosos llegarían algún día a servir de motor a un gran bienestar social. La clase media no solo simpatizó con los trabajadores durante la Gran Huelga de los ferrocarriles de 1877, sino que más tarde, en 1888, devoró la utopía *El año 2000, una visión retrospectiva*, de Edward Bellamy, de la que se vendieron un millón de ejemplares —lo que la convirtió en la segunda novela norteamericana más leída del siglo XIX solo por detrás de *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe.

El pánico financiero del Viernes Negro del 5 de mayo de 1893 dio pie a la mayor crisis que haya sufrido Estados Unidos hasta la fecha. En pocos meses, cuatro millones de trabajadores perdieron su empleo y el desempleo subió al 20 por ciento. La depresión duraría cinco años.

El país entero discutió las causas de la crisis y se esforzó por encontrar la forma de evitar el derrumbe económico en el futuro. Los que opinaban que la superproducción de los países extranjeros era el motivo de la depresión sostenían que Estados Unidos necesitaba más mercados que absorbieran sus excedentes. Por su parte, socialistas, sindicatos y reformistas creían que la crisis tenía su origen en el descenso del consumo y defendían la redistribución de la riqueza para que los trabajadores pudieran comprar los productos de granjas y fábricas. Pocos capitalistas respaldaron esta propuesta. La única transformación radical, decían, vendría de una mayor intervención en los asuntos internacionales.

Antes de que Estados Unidos pudiera reclamar una porción de los mercados y recursos naturales extranjeros, necesitaba una marina moderna

de barcos de vapor y bases para abastecerla en todo el mundo. Empezó, pues, por anexionarse el puerto de la isla de Pago Pago, en el Pacífico, en 1889 y por construir una armada nueva entre 1890 y 1896.

Pero Pago Pago solo fue el comienzo. En 1893, respaldados por el delegado estadounidense en Honolulu y por marines y barcos norteamericanos, los plantadores de azúcar de Hawái depusieron a la reina Liliuokalani y la sustituyeron por el presidente Sandford Dole, primo de James Dole, magnate de la piña. En 1898 Estados Unidos se anexionó el archipiélago. Fue entonces cuando el presidente William McKinley habló de «destino manifiesto».<sup>29</sup>

Estados Unidos declaró la guerra a España el 25 de abril de ese mismo año, en teoría para librar a Cuba de la tiranía. Los combates empezaron, sin embargo, a miles de kilómetros de la isla, en la bahía de Manila, donde el 1 de mayo el comodoro George Dewey destruyó una flotilla española. Los antiimperialistas dijeron: «Dewey ha tomado Manila. Él solo ha perdido un hombre... y nosotros todos nuestros principios».<sup>30</sup> A los tres meses, la guerra había terminado.

A John Hay, secretario de Estado, el conflicto le pareció «una espléndida guerrita».<sup>31</sup> Pero no todos opinaban lo mismo. El 15 de julio de 1898, la Liga Antiimperialista trató de impedir que Estados Unidos se anexionase las Filipinas y Puerto Rico. Contaba entre sus filas con personajes tan eminentes como Andrew Carnegie, Clarence Darrow, Mark Twain, Jane Addams, William James, William Dean Howells y Samuel Gompers. No pudo, sin embargo, neutralizar con sus esfuerzos el ánimo de una nación imbuida de la gloria de la guerra por una causa justa y dominada por la euforia de una victoria fácil.

Cuando el polvo de la guerra se posó, Estados Unidos se había anexionado Hawái y le había arrebatado a España Puerto Rico, Guam y las Filipinas. Era el comienzo del imperio de ultramar. Las Filipinas se convirtieron en puerto de reabastecimiento ideal para los barcos que navegaban en dirección a China. Tras muchas noches de paseos por la Casa Blanca rogando guía y consejo a «Dios Todopoderoso» sobre qué hacer con las islas, McKinley optó por la anexión: para aprovechar la oportunidad de civilizar a una de las razas «inferiores» de la tierra. Rudyard Kipling lo llamó «la carga del hombre blanco».<sup>32</sup>



*En una caricatura satírica del emergente imperialismo norteamericano y las crueldades en que ya incurría Estados Unidos, en esta ilustración publicada en enero de 1899 en la revista Puck aparece el Tío Sam enseñando a las Filipinas, Hawái, Puerto Rico y Cuba, personificados en unos niños. En las filas de atrás aparecen otros niños con libros que se titulan igual que varios estados norteamericanos. En el rincón de la derecha hay un niño nativo americano que tiene el libro al revés y ante la «puerta abierta» aguarda un niño chino. En la esquina superior izquierda del dibujo aparece un afroamericano enfrascado en la humilde tarea de limpiar la ventana. En la pizarra puede leerse: «El consentimiento de los gobernados es bueno en teoría, pero muy raro en la realidad. Inglaterra ha dominado sus colonias con consentimiento o sin él. Y, pasando por alto tal consentimiento, ha ayudado enormemente al progreso de la civilización. Estados Unidos debe gobernar sus nuevos territorios con consentimiento o sin él hasta que esos territorios puedan gobernarse a sí mismos».*

Bajo el liderazgo de Emilio Aguinaldo, los filipinos llevaban años tratando de zafarse del dominio español y fueron lo bastante ingenuos para creer que, con la ayuda de Estados Unidos, conseguirían la independenciam. Redactaron el borrador de una constitución y el 23 de enero de 1899 fundaron una república con Aguinaldo como presidente. El 4 de febrero, empero, las tropas norteamericanas abrieron fuego en Manila. En Estados Unidos la prensa publicó que se trataba de la respuesta a un ataque no provocado de los filipinos contra unos soldados desarmados y que veintidós

de esos soldados habían perdido la vida y unos doscientos habían resultado heridos. Según los primeros cálculos, los filipinos sufrieron miles de bajas. Los mismos diarios que mencionaban esas cifras predecían que, gracias a la escaramuza, la causa imperial obtendría un gran apoyo y el Senado aprobaría un polémico tratado de compra de Filipinas a España por veinte millones de dólares. *The New York World* dijo: «De repente y sin previo aviso, Estados Unidos se enfrenta a lo que supone ser un imperio [...]». Para dominar hay que conquistar. Para conquistar hay que matar». <sup>33</sup> Creció la presión sobre los que se oponían al tratado: había que respaldar a las tropas. El general Charles Grosvenor, congresista por Ohio, declaró: «Han disparado contra nuestra bandera, han matado a nuestros soldados. Desde la tierra, la sangre de los caídos clama venganza». <sup>34</sup>

Para *The Chicago Tribune*, aquel debate en el Senado fue el más agrio «desde el proceso de destitución de Andy Johnson». <sup>35</sup> George Frisbie Hoar, senador por Massachusetts, advirtió que Estados Unidos corría el riesgo de convertirse en «un imperio tan vulgar como cualquier otro; en un imperio basado en la fuerza física, con razas sometidas y estados vasallos; donde una clase debe mandar siempre y las demás deben obedecer siempre». <sup>36</sup> Tras un acalorado debate y con la garantía de que Estados Unidos no gobernaría las Filipinas eternamente, el tratado quedó ratificado por un solo voto por encima de los dos tercios de la cámara necesarios. Más tarde, Hoar declararía: «Estados Unidos ha aplastado la república que los filipinos se habían otorgado. Los ha privado de su independencia y, contra su voluntad y por medio del ejercicio del poder, ha instaurado un gobierno del que el pueblo no forma parte». <sup>37</sup> El senador Richard Pettigrew dijo que la traición al pueblo filipino era «el mayor crimen internacional del siglo». <sup>38</sup>

La inmensa mayoría de los filipinos apoyaba a los rebeldes y les daba alojamiento y comida. Los estadounidenses respondieron con extraordinaria brutalidad y algunas unidades emplearon tácticas que habían ido perfeccionando en su lucha contra los indios. Tras una emboscada en algún lugar de las islas, el general Lloyd Wheaton ordenó la destrucción de todos los pueblos en veinte kilómetros a la redonda y la matanza de todos sus habitantes. Cuando los rebeldes pillaron por sorpresa a unos norteamericanos acantonados en Balangiga, en la isla de Samar, y mataron a cincuenta y cuatro de los setenta y cuatro hombres de la guarnición, el coronel Jacob

Smith ordenó el asesinato de todos los habitantes mayores de diez años y que la isla quedara convertida en «un desierto poblado de aullidos».<sup>39</sup> Algunos soldados cumplieron la orden con delectación. Uno de ellos escribió a su casa: «Se nos inflamaba la sangre. Todos deseábamos matar a aquellos negros [...]. Cazar seres humanos es mucho mejor que cazar conejos».<sup>40</sup> Cientos de miles de filipinos acabaron internados en campos de concentración.

El senador por Indiana Albert Beveridge fue uno de los más firmes defensores de la toma de las Filipinas, que visitó para conocer la situación de primera mano. Ningún otro senador viajó hasta allí, así que todos esperaban su opinión con interés. A primeros de enero de 1900 se reunió el pleno de la cámara para escucharle. Beveridge ofreció una de las defensas más francas, llamativas y chovinistas de la política imperial norteamericana:

Las Filipinas son nuestras para siempre [...]. Ese imperio insular es el último de los territorios libres de todos los océanos [...]. A partir de ahora, Asia debe ser nuestro mayor mercado comercial. El Pacífico es nuestro océano. Europa siempre podrá fabricar cuanto necesite, sus colonias le garantizan la mayor parte de lo que consume. ¿Dónde debemos buscar nosotros a quien consuma nuestros excedentes? La respuesta nos la ofrece la geografía. China es nuestro cliente natural [...]. Las Filipinas son un trampolín a las puertas de Oriente [...]. El comercio será la causa de la mayoría de las guerras futuras. Por eso la potencia que domine el Pacífico dominará el mundo. Con las Filipinas, esa potencia será siempre la República Americana [...]. Son los designios del Señor: el pueblo americano es el pueblo elegido y liderará la regeneración del mundo. Esa es la divina misión de América, y nos dará todos los beneficios, toda la gloria y toda la felicidad que el hombre pueda alcanzar. Somos los guardianes del progreso del mundo, los gendarmes de su justa paz. Somos los destinatarios de la sentencia del Señor: «Si en lo poco has sido fiel, en tus manos lo mucho Yo pondré».<sup>41</sup>

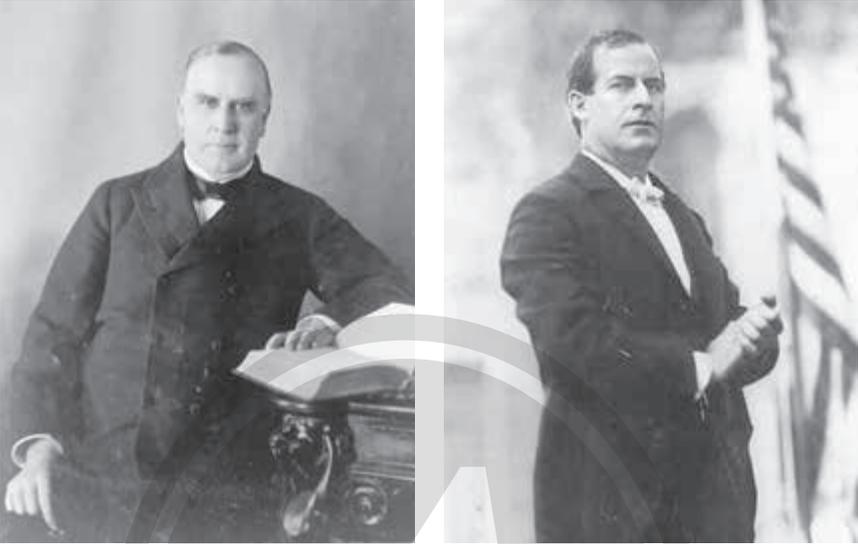
En esta misma línea, para McKinley el verdadero premio era el fabuloso mercado chino, en el que Japón y las potencias europeas llevaban

años queriendo entrar a través de regiones determinadas. En 1899, por temor a que Estados Unidos se quedara fuera del reparto, John Hay, el secretario de Estado, envió a varias naciones su primera carta en pro de una política «de puertas abiertas». En ella pedía plena libertad comercial, igualdad de condiciones. Aunque obtuvo muchas respuestas ambiguas, en marzo declaró que todas las naciones consultadas habían accedido. Molestos por toda dominación extranjera, sin embargo, los nacionalistas chinos organizaron la rebelión de los bóxers, revuelta masiva contra el ocupante extranjero y las misiones religiosas. Cinco mil soldados estadounidenses se unieron a europeos y japoneses y acabaron con ella.

En 1900, cuando McKinley y William Jennings Bryan se disputaban la presidencia, Estados Unidos tenía tropas en China, Cuba y las Filipinas. En la Convención Nacional Demócrata, Bryan definió la contienda electoral como una lucha entre «democracia por un lado y plutocracia por otro» y pronunció exaltadas invectivas contra el imperialismo. Con su resonante voz de barítono, se incluyó en el bando de opositores a la política imperial como Abraham Lincoln y Thomas Jefferson, a quien citó: «No hay principio más profundamente arraigado en la cabeza de los norteamericanos que el de no querer tener nada que ver con la conquista».<sup>42</sup> Por estrecho margen, los votantes autorizaron el nuevo rumbo imperial marcado por McKinley y sus asesores. El socialista Eugene Debs recibió muy pocos votos.

Después de las elecciones empezaron a circular rumores de las atrocidades perpetradas en Filipinas, con escabrosos casos de asesinato, violación y una nueva tortura llamada *waterboarding*, un ahogamiento simulado. En noviembre de 1901, el corresponsal del *Philadelphia Ledger* en Manila escribió:

Esta guerra no es un conflicto incruento, fingido, de opereta. Nuestros hombres han combatido de forma incansable; han matado y exterminado a hombres, mujeres y niños, a prisioneros y a cautivos, a insurgentes y sospechosos de diez años de edad en adelante; y prevalece la idea de que un filipino es poco más que un perro [...] cuya máxima aspiración es el montón de basura. Nuestros soldados obligan a los hombres a tragar agua salada «para que hablen», toman prisioneros que se rinden pacíficamente



*Las elecciones presidenciales de 1900 enfrentaron al republicano William McKinley (izquierda), firme defensor del imperio americano y del establishment de la costa Este, y al demócrata William Jennings Bryan (derecha), populista del Medio Oeste y antiimperialista confeso. Trágicamente, tras la victoria de McKinley nadie hizo caso de los avisos de Bryan contra un imperio americano.*

levantando las manos y una hora más tarde y sin la más mínima prueba de que sean insurrectos los llevan a un puente y les pegan un tiro uno a uno y caen al agua y bajan flotando llevados por la corriente, para que sirvan de ejemplo a quien encuentre su acribillado cadáver.<sup>43</sup>

Un soldado envió la siguiente crónica al *Omaha World-Herald*:

Cuatro hombres los tumban de espaldas, les sujetan por los brazos y las piernas y luego les abren la boca con un palo redondo y vuelcan dentro un balde de agua; y, si no se rinden, otro balde más. Se hinchan como sapos. Les aseguro que es una tortura espantosa.<sup>44</sup>

La guerra fue prolongada. Solo al cabo de tres años y medio declaró el presidente Theodore Roosevelt que las islas habían sido pacificadas. Estados Unidos desplegó un total de ciento veintiséis mil soldados de los que



*En Filipinas, las tropas norteamericanas recurrían a una tortura llamada waterboarding, o ahogamiento simulado. Un reportero escribió: «Nuestros soldados hacen tragar agua salada a los hombres “para que hablen”».*

cuatro mil trescientos setenta y cuatro no volvieron.<sup>45</sup> Los filipinos sufrieron muchos más muertos: unos veinte mil guerrilleros y al menos doscientos mil civiles, muchos de ellos víctimas del cólera.<sup>46</sup> Los norteamericanos se consolaban con la idea de que habían llevado la civilización a un pueblo atrasado, aunque a un elevado precio: cuatrocientos millones de dólares. Al senador Beveridge le parecía un dinero bien empleado. Pero subestimó el coste real. La república de Washington y Jefferson, que había inspirado movimientos democráticos y revolucionarios en el mundo entero, empezó a deslizarse por la pendiente y pronto se convertiría en enemiga declarada de todo cambio importante y en defensora del statu quo.

En febrero de 1901, mientras, en palabras de McKinley, las tropas estadounidenses instruían, civilizaban y cristianizaban a los filipinos, el Congreso aprobó la Enmienda Platt y se esfumó cualquier ilusión de que Cuba lograra la independencia. La Enmienda Platt concedía a Estados Unidos derecho a intervenir en los asuntos futuros de Cuba, a limitar



*Cadáveres de ciudadanos filipinos en una acequia.*

su deuda y a restringir su poder para firmar tratados. Además, daba a los norteamericanos potestad para establecer una base naval en la bahía de Guantánamo, que les aseguraría el acceso por el este al istmo de Panamá. El gobierno dejó claro que sus soldados no abandonarían la isla hasta que la Constitución cubana incorporase la enmienda.

Nada más terminar la guerra entraron en escena los hombres de negocios apropiándose de todo lo que podían. La United Fruit Company adquirió casi un millón de hectáreas de terrenos azucareros a menos de medio dólar la hectárea. En 1901 Bethlehem Steel y otras empresas estadounidenses ya poseían el 80 por ciento de los minerales cubanos.

En septiembre de 1901, Leon Czolgosz, un anarquista de veintiocho años, mató al presidente McKinley de dos disparos en el estómago durante la Exposición Panamericana de Búfalo. Uno de los anarquistas amigos de Czolgosz declaró que el magnicidio era una protesta contra «los ultrajes perpetrados por el Gobierno norteamericano en las islas Filipinas». <sup>47</sup> Resulta irónico, pero el asesinato terminó por llevar a



*ARRIBA: Campesinos en una plantación de azúcar de Cuba.*

*DERECHA: Sede de la United Fruit Company en Nueva Orleans.*

*La guerra contra España dejó pingües beneficios a las empresas norteamericanas. En cuanto terminó, la United Fruit se hizo con casi un millón de hectáreas de suelo cubano a menos de medio dólar la hectárea.*



la Casa Blanca a un imperialista todavía mayor que McKinley: Teddy Roosevelt.

El nuevo presidente apoyaba la construcción a través del istmo de Panamá de un canal que uniera el Caribe con el Pacífico. Pero Panamá era una provincia colombiana y Colombia se negaba a cederla a cambio de los diez millones de dólares que ofrecían los estadounidenses. Roosevelt se ocupó personalmente del asunto y les arrebató el canal de las manos a «esos rufianes de Bogotá».<sup>48</sup> Estados Unidos orquestó una revolución, mandó buques de guerra para mantener a raya al Ejército colombiano y reconoció rápidamente la independencia de Panamá. Obtuvo la Zona del Canal y el derecho a intervenir en los asuntos de Panamá, lo mismo que por la fuerza ya había obtenido en Cuba. Elihu Root, secretario de Guerra, advirtió que la construcción del canal obligaría a Estados Unidos a ejercer de policía de la región, al menos a medio plazo. El canal se completó en 1914, pero los norteamericanos llevaban desempeñando labores policiales desde mucho antes.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la United Fruit Company y otras corporaciones insistieron en la conveniencia de contar en la zona con gobiernos estables y sumisos que protegieran sus intereses. Los estadounidenses se hicieron con plantaciones de café y de plátano y con minas, ferrocarriles y empresas de otros sectores. Dedicaron tanto terreno a los productos de exportación que muchos países latinoamericanos llegaron a depender de los alimentos de importación para dar de comer a sus ciudadanos. Los ingresos por venta de materias primas al menos les permitían ir devolviendo su creciente deuda con los bancos extranjeros.

Defender las inversiones cada día más grandes de los empresarios norteamericanos requería la intervención constante del ejército para sostener gobiernos corruptos y dictatoriales y suprimir movimientos revolucionarios. En 1905 Elihu Root, nuevo secretario de Estado, escribió, con no poca sinceridad: «Ahora los sudamericanos nos odian, sobre todo porque creen que los menospreciamos y queremos intimidarlos».<sup>49</sup> Entre 1900 y 1925, Estados Unidos intervino militarmente en Latinoamérica en repetidas ocasiones. Mandó tropas a Honduras en 1903, 1907, 1911, 1912, 1919, 1924 y 1925; a Cuba en 1906, 1912 y 1917; a Nicaragua en 1907, 1910 y 1912; a la República Dominicana en 1903, 1914 y 1916; a Haití en 1914; a Panamá en 1908, 1912, 1918, 1921 y 1925; a México

en 1914; y a Guatemala en 1920.<sup>50</sup> Si no intervino con más frecuencia fue porque a menudo allí donde lo hacía su presencia militar se volvía permanente. Ocupó varios países por un periodo prolongado de tiempo: Nicaragua de 1912 a 1933; Haití de 1914 a 1933; la República Dominicana de 1916 a 1924; Cuba de 1917 a 1922; y Panamá de 1918 a 1920.

Honduras estuvo en manos primero de los españoles, luego de los británicos y por último de los estadounidenses. En 1907 su deuda exterior ascendía a ciento veinticuatro millones de dólares cuando su PNB se quedaba en solo 1,6.<sup>51</sup> Entre 1890 y 1910 las empresas bananeras extranjeras transformaron la nación. Primero los Vaccaro Brothers y luego Sam *Hombre Plátano* Zemurray compraron extensas plantaciones y a los funcionarios necesarios para evitarse complicaciones. Pronto se les unió la United Fruit Company de Boston. A partir de 1907 cualquier signo de inestabilidad política daba a Estados Unidos el pretexto que necesitaba para intervenir militarmente y reinstaurar al abúlico gobierno de Manuel Bonilla. Los banqueros norteamericanos sustituyeron a su vez a los banqueros británicos y se hicieron con la deuda hondureña. Con la mejora del clima político, la United Fruit pasó de tener siete mil hectáreas en 1918 a treinta mil en 1922 y a más de cuarenta mil en 1924.<sup>52</sup> En 1929 Zemurray vendió todas sus propiedades a la United Fruit y se convirtió en director general de la compañía. Desde ese día, el pueblo de Honduras siempre ha sido pobre.

No les fue mejor a los nicaragüenses. En 1910 intervinieron los marines de Smedley Butler para instaurar un gobierno que respetase los intereses norteamericanos. Cuando la creciente injerencia de Estados Unidos provocó la ira del pueblo, los marines de Butler volvieron a intervenir y derrotaron a los rebeldes: murieron dos mil ciudadanos. Butler empezaba a comprender que su misión consistía básicamente en proteger los intereses de las empresas y los bancos estadounidenses. Le escribió a su mujer: «Es terrible perder tantos hombres en las batallas de esos malditos hispanos, y todo porque Brown Bros. tiene invertido algún dinero por estos pagos».<sup>53</sup> Cuando el Tribunal de Centroamérica para solventar pacíficamente los conflictos de la región, que Roosevelt había instaurado a bombo y platillo en 1907, condenó la intervención, el gobierno hizo caso omiso con el consiguiente y definitivo descrédito para dicho tribunal. El Ejército de Estados Unidos ocupó Nicaragua durante veinte años.

En 1922 *The Nation* publicó un mordiente editorial, titulado «La República de Brown Bros.», que abundaba en la idea de Butler de que la presencia de los marines en Nicaragua respondía a los deseos de dicha compañía. *The Nation* detallaba la forma en que los banqueros se habían asegurado un control sistemático de las aduanas, los ferrocarriles, el banco nacional y las rentas públicas, y cómo «el departamento de Estado de Washington y el embajador norteamericano en Managua» actuaban «como representantes particulares de esos banqueros» y recurrían «a los marines estadounidenses cuando necesitaban imponer su voluntad». <sup>54</sup>

Augusto Sandino fue uno de los muchos nicaragüenses que se comprometieron a librar a su país del yugo de la tiranía de Estados Unidos. En 1927 se enfrascó con sus guerrilleros en una cruenta batalla contra los marines y más tarde se retiró a las montañas. Regresó al año siguiente y, con gran apoyo popular, libró una campaña contra las fuerzas de ocupación y sus gregarios de la Guardia Nacional Nicaragüense. Un plantador norteamericano escribió a Henry Stimson, secretario de Estado, que la intervención militar había sido «una calamidad para los cafeteros americanos. Hoy nos odian y desprecian, porque hemos utilizado a los marines para perseguirlos y matarlos en su propio país». <sup>55</sup> En enero de 1933, cuando lo comprendió y entendió también que la intervención militar en Centroamérica contradecía sus protestas por las acciones de los japoneses en Manchuria, Stimson sacó a los marines de Nicaragua y dejó el país en manos de la Guardia Nacional de Anastasio Somoza. Tras la marcha de los marines, Sandino anunció su voluntad de negociar, pero fue capturado y ejecutado por las fuerzas de Somoza. Somoza se hizo con la presidencia en 1936 y ejerció el poder de forma brutal. Él primero y luego sus hijos dirigieron el país cuarenta y tres años, hasta ser desalojados por los sandinistas —revolucionarios, así llamados por Augusto Sandino— en una acción que dio pie a una nueva guerra, esta vez con los Estados Unidos de Ronald Reagan.

Ningún militar estadounidense ha tenido más experiencia directa de la intervención en otros países que el mayor general Smedley Butler. Se alistó en los marines a los dieciséis años, en 1899, nada más comenzar la guerra con España. Combatió primero contra los insurgentes filipinos y luego ayudó a acabar con la rebelión de los bóxers de China. Al poco tiempo



*El general Smedley Butler combatió en las Filipinas, China y Centroamérica; y escribió:*

*«He sido un matón con clase a sueldo de la gran empresa, Wall Street y los bancos... un gánster del capitalismo».*

dirigía una nueva intervención en Centroamérica. Fue la primera de otras muchas. Tras ser condecorado con dos medallas al Honor, comandó el 13<sup>er</sup> Regimiento en Francia en la Primera Guerra Mundial, lo que le valió la medalla del Ejército por Servicios Distinguidos, la medalla de la Marina por Servicios Distinguidos y la Orden de la Estrella Negra francesa. Butler, que era como un pequeño bulldog, escribió un libro titulado *War Is a Racket* [La guerra es un apaño], que muchos militares aún admiran y citan. Tras su larga y muy condecorada vida de uniforme, hacía la siguiente reflexión:

He prestado servicio activo treinta y tres años y cuatro meses en calidad de miembro de la fuerza militar más ágil de este país: el Cuerpo de Marines. He pasado por todos los grados desde subteniente hasta mayor general. Y la mayor parte de todo ese tiempo no he sido más que un matón con clase a sueldo de la gran empresa, Wall Street y la banca. Dicho en pocas palabras: he sido un extorsionador, un gánster del capitalismo.

En 1914 contribuí a que México, y en especial Tampico, se convirtiera en un lugar seguro para el petróleo americano. Luego ayudé a que Cuba y Haití fueran sitios tranquilos donde los chicos del National City Bank pudieran recaudar su dinero. Ayudé también a destruir media docena de repúblicas centroamericanas por el bien de Wall Street. Mi historial de chantajes es largo. Entre 1909 y 1912 colaboré en la purificación de Nicaragua en beneficio del banco internacional Brown Brothers. Saqué brillo a la República Dominicana en 1916 en aras de los intereses americanos en el azúcar y en China hice todo lo posible para que la Standard Oil trabajara sin que nadie la molestase [...].

A lo largo de todos esos años, y como dirían los chicos de la trastienda, hice unos buenos apaños. Pensándolo bien, me da la sensación de que podría darle unos cuantos consejos a Al Capone. Al fin y al cabo él montó un tinglado en tres barrios. Yo, en tres continentes.<sup>56</sup>

Mucho después de que Butler se hubiera retirado, el *tinglado* organizado por las tropas y los servicios de inteligencia de Estados Unidos sigue vigente en todo el mundo para defender los intereses económicos y geopolíticos del capital norteamericano. De vez en cuando sirve para que la vida de las personas a quienes posterga mejore, pero, como vamos a contar en las siguientes páginas, con mucha mayor frecuencia deja un rastro de vileza y miseria. La historia del imperio americano no es agradable. Pero si queremos que Estados Unidos acometa alguna vez las reformas estructurales que le permitirían desempeñar un papel protagonista y acelerar el progreso de la humanidad en vez de entorpecerlo, hay que estudiarla con honradez y sinceridad.